

/ AUTORA

Blanca de la Torre García.

/ CORREO-E

blancadelatorre@gmail.com

/ ADSCRIPCIÓN PROFESIONAL

Comisaria y ensayista especializada en cultura y sostenibilidad.

/ TÍTULO

Resetear el GPS cultural: la hoja de ruta sostenible.

/ RESUMEN

Propuesta de una hoja de ruta que guíe a las instituciones y organizaciones culturales en el camino de la sostenibilidad, buscando una vía intermedia entre las propuestas de los

partidarios del Decrecimiento y aquellos que apuestan por un Nuevo Green Deal.

/ PALABRAS CLAVE

Sostenibilidad, hoja de ruta, cultura, descarbonizar, cambio.

/ Artículo recibido: 15/10/2020 **/ Artículo aceptado:** 30/10/2020

/ AUTHOR

Blanca de la Torre García.

/ E-MAIL

blancadelatorre@gmail.com

/ PROFESSIONAL AFFILIATION

Curator and essayist specialized in culture and sustainability.

/ TITLE

Resetting the cultural GPS: The sustainable roadmap.

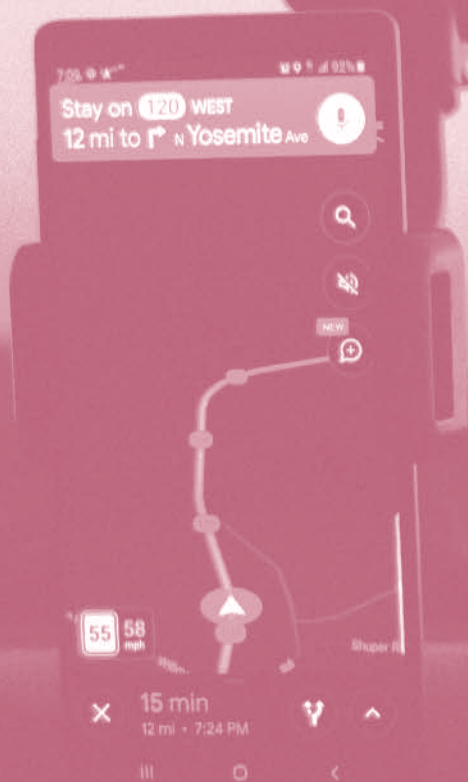
/ ABSTRACT

A roadmap guideline that leads cultural institutions and organizations towards the path of sustainability, looking for an intermediate path between the proposals of those in favor

of Degrowth and those who are committed to a New Green Deal.

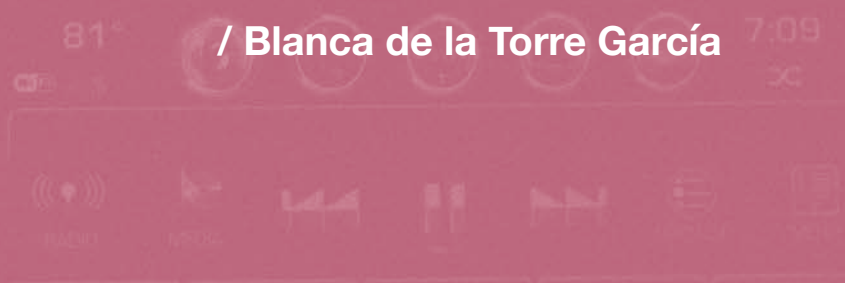
/ KEYWORDS

Sustainability, guidelines, culture, decarbonization, change.



Resetear el GPS cultural: la hoja de ruta sostenible

/ Blanca de la Torre García



Resetear el GPS cultural: la hoja de ruta sostenible

Blanca de la Torre García

No hay que ser vidente para prever que una de las consecuencias post-pandemia será la de un mundo notablemente más polarizado. La brecha se acrecentará entre un sector que, confiando en otro mundo posible, promoverá la descarbonización, las iniciativas comunitarias, la economía circular y la justicia ambiental, mientras en el otro lado del espectro estará aquel que se ha vuelto más escéptico si cabe y no verá alternativas factibles al sistema capitalista e incluso continuará viéndolo como el único motor del desarrollo y progreso neoliberal.

Si bien es cierto que en los últimos años la «conciencia verde» parece estar despertando —aunque a muchos parece haberles pillado en plena fase REM—, ha sido la pandemia un empujón importante para que algunos sectores enciendan definitivamente las alarmas. Aunque la inquietud medioambiental en el ámbito de la cultura parece interesar desde la teoría y los discursos, lamentablemente hay una gran distancia entre el plano de lo teórico y la decisión de pasar a la acción.

Eduardo Viveiros de Castro señala cómo prácticamente todo lo que puede ser dicho sobre la crisis climática se

vuelve por definición anacrónico y desfasado; y todo lo que debe ser hecho al respecto es necesariamente muy poco, y llega demasiado tarde: *toolittle, too late*. Esa inestabilidad metatemporal, señala, se conjuga con una súbita insuficiencia del mundo¹.

Aún contando con este desfase temporal, en líneas generales, hay un consenso global en la afirmación de que no hay más salida que descarbonizar la economía en un plazo breve para frenar el apremiante colapso climático. Con este objetivo en mente dos líneas llevan años caminando en paralelo en el discurso ecológico: las teorías del Decrecimiento *versus* las de los que proponen un nuevo pacto verde global o *Green New Deal*.

Salvando las distancias entre sus múltiples perspectivas², los denominados «objetores del crecimiento» suponen la facción más radical y proponen, a grandes rasgos, derrocar al sistema capitalista neoliberal y disminuir el consumo y la producción, reestructurando los sistemas de producción y redistribuyendo la riqueza. Entre sus máximos exponentes están autores como Carlos Taibo y Joan Martínez Alier³ en el Estado español y Serge Latouche en el vecino francés.

Por otro lado, los que apoyan el llamado Pacto Verde, confían en la idea de un desarrollo sostenible, y en la posi-

bilidad de dar un viraje de timón que reconduzca y evite el colapso a través de la implantación de una hoja de ruta global sin necesidad del espectro radical promulgado por los anteriores. Más allá de la Agenda 2030 y sus 17 objetivos de Desarrollo Sostenible acordados en septiembre de 2015, está sobre la mesa desde diciembre de 2019 un *Green New Deal* de la Unión Europea cuyo horizonte para la descarbonización está puesto en 2050 a través de un plan de acción centrado en el impulso del uso eficiente de los recursos moviéndonos hacia una economía limpia y circular, restaurar la biodiversidad y eliminar la contaminación⁴, así como a través de lo que llaman Mecanismo de Transición Justa.

Otro tipo de *Green New Deal* más radical y eficiente fue propuesto este año por Greenpeace el pasado 5 de junio, Día del Medio Ambiente, recogido en torno a cien medidas para reinventar el modelo actual económico y social.

El presente texto se sitúa en un intento deliberadamente reduccionista de tratar de sintetizar ambas posturas, en consonancia con las ideas de pluralismo agonista de la filósofa belga Chantal Mouffe⁵, con el fin de abrir la posibilidad, si cabe, a la coexistencia de posiciones diversas como la única postura sensata de comprender el mundo.

A pesar de identificarme ideológicamente con los postulados decrecentistas, considero la urgencia como el principal motor hacia decisiones intermedias más templadas, movida por el reconocimiento de la inviabilidad del camino decrecentista si tenemos en cuenta que el punto de partida tendría que pasar por el derrumbe del sistema capitalista, una aspiración a corto plazo claramente ingenua. Es desde el sistema que compartimos y hemos construido, con sus pros y contras, que hay que actuar, partiendo de una buena dosis de realidades —aderezada con otra de futuros posibles⁶—.

Dejando de lado la controversia en torno a la posibilidad de acometer o no la transición en el marco del capitalismo, lo cierto es que se ha agotado el margen para debates ideológicos y es momento de pasar a la acción desde las cotas actuales, con espacio para posturas de matices y colores diferentes, siempre y cuando estas se enmarquen dentro de la justicia social y sostenible.

Para que las emisiones de carbono caigan el 80% de aquí a 2050, como sugiere el IPCC —que no deja de representar una de las facciones de expertos más moderada—, los próximos cinco años van a ser cruciales. En un lapso temporal tan crítico es imposible dismantelar el carácter sistémico del aparato capitalista, como sugieren los decrecentistas, del mismo modo que un *Green New Deal* eficiente se presenta inviable si no adoptamos una buena parte de los postulados

de los anteriores. Para llegar a un objetivo real y eficiente, ambos caminos han de estrecharse para crear una doble vía que transite en la misma dirección, aunque con carriles separados.

Siendo consciente de la contradicción implícita que puede conllevar aunar ambas posturas, no son pocos los economistas que han sugerido anteriormente opciones convergentes. Tal es la de conseguir una economía de estado estacionario, cuyas tres medidas fundamentales —cuotas de agotamiento, redistribución de la riqueza y límites de población—, como bien señala González Reyes, son compatibles con el sistema⁷.

Otros se abrazan a la contradicción inherente que conlleva el hecho de que la esencia básica del capitalismo es que es una sociedad de mercado, y en este punto yo apelo a los intersticios de este a través de modalidades, nada nuevas por otro lado, como las monedas alternativas, los trueques, los bancos de tiempo, y toda una serie de opciones que no necesariamente tengan como objetivo anular el sistema para implantar otro sino contrarrestar la hegemonía del mercado capitalista. Incluso se podrían revisar ciertas modalidades de socialismo de mercado como las ya propuestas en 1938 por Oskar Lange en *On the Economic Theory of Socialism*.

Uno de los detractores del decrecentismo y partidario de la segunda vertiente, el economista Robert Pollin, considera que el decrecimiento crearía niveles galopantes de pobreza y desempleo sin lograr detener el cambio climático. Su propuesta se basa en un programa mundial que invierta entre el 1,5 y el 2 % del PIB mundial en aumentar los criterios de eficiencia energética y en expandir los suministros de energía renovable y limpia. Según el autor, mediante este programa, es realista reducir las emisiones globales de CO₂ el 40% respecto a las actuales en un plazo de veinte años y, al mismo tiempo, respaldar unos niveles de vida ascendentes y ampliar las oportunidades laborales. El autor asegura que siguiendo este patrón de energías limpias se podrá alcanzar un nivel de cero emisiones en aproximadamente veinte años⁸.

Considero la propuesta de Pollin no solamente viable, sino muy apropiada para la sociedad polarizada con la que abriría este artículo, donde convivirán también dos segmentos en el sector de las renovables: el de las empresas y corporaciones que buscarán hacerse con el monopolio de los recursos —que debería limitarse a través de techos máximos de acumulación— y las pequeñas iniciativas, cooperativas o individuos que optarán por la autonomía energética. Esta brecha dejará además espacio para aquellos que decidan vender sus excedentes a quienes, por tiempo o ganas, no han optado

por producir sus propias fuentes de energía, pero, en lugar de adquirirlas a las grandes corporaciones prefieran optar por un sistema de cercanía, de modo análogo a la elección entre hacernos la ropa, comprarla en una gran multinacional o adquirirla en un pequeño comercio de barrio. Todas son y serán reflejo de posiciones ideológicas pero, con el contador climático puesto, la única vía es nivelar el espacio de cohabitación de posturas divergentes.

Otra propuesta interesante, sugerida por el economista Troy Vettese y formulada por el Instituto Federal de Tecnología de Zurich (ETHZ) es la de la «sociedad de 2.000 vatios», que propone nivelar el consumo energético entre los países en vías de desarrollo y los países industrializados. Teniendo en cuenta que el consumo medio anual del ciudadano medio europeo es de seis mil vatios. ¿Estaría el Estado español dispuesto a llevar a cabo una ecoausteridad semejante?

Jeremy Rifkin es otro de los pioneros impulsores de un *Green New Deal Global*. En su libro homónimo⁹ nos ofrece una agenda hacia la transformación postcarbono a través de una perspectiva holística sobre la necesaria revolución energética: «Los gobiernos que lideren el crecimiento de la nueva Tercera Revolución Industrial de carbono cero estarán a la vanguardia. Aquellos que no avancen junto a las fuerzas del mercado y permanezcan atados a la cultura de los combustibles fósiles propia del s. XX tendrán problemas¹⁰», señala el popular economista y pensador.

A grandes rasgos, esto se producirá con el surgimiento de una Tercera Revolución Industrial verde y digital, en la que el coste marginal de algunos bienes y servicios se acercará a cero, lo que forzará un cambio fundamental en el sistema capitalista, y donde el Internet de las Cosas permitirá conectarlo todo ofreciendo unos enormes beneficios económicos al tiempo que aumentar la eficiencia energética agregada en un 60% en los próximos veinte años.

A mediados de este siglo, la infraestructura inteligente del Internet de las Cosas —el internet de las comunicaciones, el internet de la energía y el internet de la logística— se ocupará de buena parte de la actividad económica de la civilización, con una pequeña fuerza de trabajo profesional y de supervisión¹¹.

Independientemente de que se agoten los recursos fósiles o, como también sugiere Rifkin, se vuelvan activos obsoletos¹², necesitamos un plan antes que todo eso ocurra.

La cuestión es que el binomio decrecimiento/desarrollo sostenible que *a priori* tendía a ser visto como un oxímoron, resulta ser el único camino viable, y tal vez tenga sentido hablar aquí de un Decrecimiento Cultural Sostenible (DCS).

Este camino único conlleva una profunda reorganización del mundo, del sistema político, social, cultural y económico que lo configura. Para ello, mi propuesta pasa por establecer una hoja de ruta que aúne las dos, tomando la cultura como motor de propulsión que camine hacia la construcción de un nuevo orden sostenible.

Hoja de ruta

La cultura también requiere un cambio en la cosmovisión, al haber sentado sus bases sobre una sociedad capitalista, colonial y heteropatriarcal, tres factores que han ido de la mano del deterioro del planeta. Para ello es necesario trabajar acompañados desde los discursos y desde las formas. De nada sirve quedarnos en interminables debates cargados de retórica verde para cambiar los relatos, los cuales, sin ánimo de restarles significación, se desactivan *per se* si no vienen acompañados de un plan sistémico integral de reestructuración cultural. La ecofatiga se ha vuelto un lujo, y tampoco podemos permitirnos acampar en posturas eco-nihilistas como las que apunta la filósofa Wendy Lynne Lee o en depresiones climáticas¹³. El miedo al cambio ante una situación difícil es un obstáculo que se supera entendiendo que, a menudo, la imaginación es mucho peor que la realidad.

Desde el sector cultural hemos de asumir una responsabilidad doble: como agentes éticos y como agentes culturales. Para ello, sintetizo a continuación una serie de ejes de actuación para reconfigurar un nuevo ecosistema cultural, que nos ayuden a repensar el modelo e implementar urgentemente otras formas para dar el paso hacia un cambio estructural de medidas transformadoras adoptando una *presen-turevision*, una visión de futuro-presente.

No es objeto de este texto dar medidas prácticas como las que he articulado en otras ocasiones, en sintonía con los planes en los que estoy trabajando para algunas organizaciones. Necesitamos un sistema cultural sano y robusto propio de una sociedad post-pandemia de valores añadidos y renovados, no una suerte de sistema cultural de subsistencia, como el que llevamos años arrastrando, correspondiente a una sociedad atrasada y que no aprecia la cultura como uno de sus pilares de transmisión de valores y construcción de conciencia crítica colectiva.

El plan ha de ser integral y partir de la gobernanza, comprendiendo que el género, la inclusión y el medioambiente están inevitablemente unidos, y que la sostenibilidad tiene que ver con el bien común, con la construcción de una sociedad más equilibrada, más sana y resiliente.

1. Del dicho al hecho...

Menos retórica y más acción. Por lo general, al sector cultural le gusta más alinearse con los valores impulsados por el decrecentismo, una postura que a menudo encontramos en la programación teórica, pero que dista mucho —cuando no confronta— la realidad sistémica y estructural del panorama de las instituciones y organizaciones dedicadas a la cultura.

No son pocas las instituciones que durante el confinamiento redirigieron sus discursos a la necesidad de reinventarse, un revisionismo que en la mayor parte de los casos se limitó a colgar contenidos *online*. No solamente esta estrategia se aleja mucho de lo que yo entiendo por reinención o revisión sino que elude el impacto en la contaminación que estas organizaciones parecen estar ignorando. Las tecnologías digitales representan el 4% de la emisión de gases de efecto invernadero¹⁴ y solo en los diez primeros días de confinamiento el tráfico de las redes IP de Internet creció casi un 40%.

Ante el fracaso de los relatos que habíamos construido, el arte y la cultura han sido el terreno más fértil para el cultivo de los nuevos imaginarios. Pero esa nueva narrativa hay que materializarla y no aparcarla en el espacio de la especulación, que se ha vuelto insuficiente en la nueva era post-covid. Llegó el momento de pasar de una actitud descriptiva a una prescriptiva, y eso va mucho más allá de vender compromiso con gestos nimios como reciclar o la utilización de luces LED. Es necesaria una hoja de ruta para una transformación cultural integral, con rigor, rapidez y eficacia. No hay tiempo para *softlanding*: ahora, cada día cuenta.

2. El modelo biológico

Propongo tomar como esqueleto base el modelo biológico adaptado a las organizaciones culturales, basado en eslabones y conexiones orgánicas y rizomáticas. El modelo

de las instituciones culturales está caduco y fundamentado en estructuras obsoletas y herméticas donde los trabajadores culturales continúan divididos en departamentos o actividades específicas y estancas —coordinación, administración, comunicación...—, cuando está más que comprobado que los modelos de gestión más eficientes son multidisciplinares y transversales. Es importante considerar que cualquier «patógeno» cultural afecta al bien común de la organización.

3. Geoingeniería cultural natural

Relacionado con lo anterior, una de las apuestas para la descarbonización del mencionado Vettese es la geoingeniería natural. El autor pone varios ejemplos, como los rebaños de ñus del Serengeti, en Tanzania, que al pastar evitan que se acumule hierba muerta que serviría de combustible a los incendios, y que al duplicarse los rebaños han a este porque natural de Tanzania en un enorme sumidero de carbono¹⁵.

Aplicado al sector cultural, del mismo modo que los ecosistemas más diversos retienen más carbono, diseñar sistemas de geoingeniería natural cultural específicos para cada institución puede ser un importante eslabón a la hora de implantar un plan de sostenibilidad integral.

Para ello, transdisciplinariedad, transversalidad y multilateralismo son tres conceptos que han de desarrollarse más allá de la retórica imperante, unido a un acoplamiento de planes de investigación y desarrollo. La I+D+I ya no puede estar separada de la Cultura.

4. El papel de la Agenda 2030

La distancia del contenido de la Agenda 2030 con la *realpolitik* y su ubicación en un plano extremadamente teóri-

El miedo al cambio
ante una situación difícil
es un obstáculo
que se supera entendiendo
que, a menudo,
la imaginación es mucho
peor que la realidad.

co y específicamente técnico, sitúan a la cultura en un lugar intersticial especialmente relevante. Asumiendo esto como punto de partida, podemos llevar fácilmente a nuestro terreno el hecho de que la cultura no fuera incluida como uno de sus objetivos específicos.

Del mismo modo que un plan de sostenibilidad no puede consistir meramente en cambiar de modelo energético, la aplicación de la Agenda 2030 en el sector cultural ha de ir mucho más allá de programaciones que ilustren algunos de sus objetivos, evitando hacer una traslación literal y proponiendo, en todo caso, una traducción transversal.

El profesor Jeffrey Sachs, director de la SDSN y asesor especial en Desarrollo Sostenible del Secretario General de Naciones Unidas Antonio Guterres, identifica las seis grandes transformaciones¹⁶ que ha de emprender la humanidad para alcanzar los objetivos de la Agenda 2030:

- Educación, género y desigualdad: para lograr sociedades bien educadas e igualitarias, con ciudadanos capacitados con las habilidades que se precisan para el siglo XXI.
- Salud, bienestar y demografía: que implica el acceso universal a la salud y abordar los determinantes sociales necesarios para lograr la salud y el bienestar entre la población.
- Descarbonización de la energía e industria sostenible: que incluye las inversiones necesarias para la descarbonización de la energía, los transportes, edificios e industria, así como el acceso universal a una energía limpia y el freno a la contaminación industrial.
- Alimentación sostenible, uso de tierra, agua y océanos sostenible: es necesario caminar hacia sistemas de producción de alimentos más resistentes al cambio climático, así como otros productos agrícolas o forestales. Esto ha de ir acompañado por una política de conservación y restauración de la biodiversidad, promoción de dietas más saludables y reducción del desperdicio de alimentos.
- Ciudades y comunidades sostenibles: para lo cual se hace imprescindible inversiones integradas en infraestructura, servicios urbanos para hacerlas más sostenibles, así como medidas para la resiliencia al cambio climático.
- Revolución digital: las nuevas tecnologías digitales pueden aportar enormes y significativas contribuciones a la consecución de los ODS, algo que reabre el debate candente de la llamada «brecha digital», que a

fin de cuentas no deja de ser parte de la propia brecha social.

Estas seis transformaciones son fácilmente encajables en esa carretera de doble vía que propongo ya que sintetizan los ejes fundamentales para lograr los objetivos de la Agenda 2030, y en todas ellas las instituciones culturales han de jugar un papel único y relevante. No solo tenemos que liderar el camino sino ser facilitadores para que, a pesar de no ser parte específica de la Agenda, nos hagamos imprescindibles.

5. Una nueva economía para una nueva era de la cultura sostenible

Una transición ecológica cultural ha de pasar de la actual economía lineal a una economía circular lenta. Es tal el grado de interiorización del sistema económico actual, que una gran franja de población ignora que existieron propuestas económicas alternativas factibles que podían haber conducido el actual sistema hacia otros derroteros. Las más conocidas fueron las de Nicholas Georgescu-Roegen, máximo exponente de la economía ecológica y referente de los detractores del crecimiento

Uno de los alumnos de Roegen, Herman Daly proponía ya en 1977 la antes mencionada “Economía de estado estacionario”, que está siendo recogida ahora por una parte del pensamiento decrecentista. El estado estacionario proviene de la comprensión de que la Economía es un subsistema dentro de otro más amplio, la ecosfera, de carácter finito y materialmente cerrada. Si el subsistema continúa creciendo excede al subsistema matriz, y tendrá que comportarse como un estado estacionario¹⁷. Fue este mismo economista, junto con el filósofo John Cobb, quien ya en 1989 propuso un Índice del Bienestar Humano Sostenible.

Años antes, en 1972, Bután instauró el Índice de Felicidad Nacional Bruta (FNB) para afrontar la grave crisis a la que se enfrentaba el país. Los parámetros con los que el Centro de Estudios de Bután mide este índice son la «resiliencia ecológica», el «bienestar psicológico», el uso del tiempo, educación, la salud, nivel de vida, gobierno, vitalidad de la comunidad y por supuesto, la cultura. Desde 1980, la renta per cápita de dicho país se ha multiplicado por siete y ha sido el modelo a seguir para valorar la importancia de la felicidad como medida de economía que ha llevado al desarrollo de índices como el *Happy Planet*¹⁸.

Llevándolo a nuestro terreno, una economía cultural que aúne el indicador del PIB con la escucha a otras economías sería extrapolable, si consideramos que el PIB,

como constructo capitalista que es, no tiene en cuenta a una gran parte de la producción cultural basada en el trabajo no remunerado, el trueque o intercambio simbólico, y las colaboraciones. Además, tampoco visibiliza la distribución de la riqueza en un ámbito en que los honorarios de los artistas distan mucho de los de muchos directores o algunos colaboradores culturales. Construir una economía cultural verde limpia pasa por introducir este tipo de factores si queremos defender el arte y la cultura como inductor de estado de bienestar. Al fin y al cabo, siendo más felices producimos mejor.

6. ¡CUT! Cultura en Transición

Del mismo modo que llevan años funcionando los movimientos de ciudades en transición (MCT), con Rob Hopkins a la cabeza de la *Transition Network*, deberíamos proponer el de Movimiento por la Cultura en Transición, cuyo *cut*—«cortar» en castellano— dejaría también mucho espacio a la polisemia.

Trabajar en ese puente de transición entre los dos caminos que venimos comentando, implica la aceptación de que toda institución u organización cultural está inscrita en un marco capitalista y, a partir de aquí, más allá de su potencia simbólica para cambiar los relatos hegemónicos, han de emplearse algunas estrategias de decrecimiento, como programaciones donde hayan desaparecido las exposiciones *blockbuster*, los grandes transportes, los alardes en el diseño expositivo, la atención al contexto y, en resumen, menos gastos generales y más honorarios redistributivos.

¡CUT! debe desarrollar su propia hoja de ruta, su propio papel dentro de la Agenda 2030, con sus objetivos y sus metas, independientemente de formar una importante parte transversal de esta.

7. Repensar la escala

Es hora de parar las consecuencias de lo que vino a llamarse como «efecto Guggenheim», propio de otro momento histórico. Volvamos a nuestra escala, esa que implica edificios acordes con el índice de población, sin necesidad de arquitectos estrella, la rehabilitación de espacios *versus* los edificios de nueva planta, los proyectos donde se predomine la producción de nuevas obras y no los envíos de obras icónicas desde largas distancias...

Volver a una escala social implica revalorizar lo que tenemos, dejar de lado los egos y cuestionar el concepto de éxito, dejando que las «superestrellas» pasen a un segundo plano. Para desmontar el modelo consumista hay que de-

construir el consumismo cultural. Basta ya de grandes marcas, de grandes emblemas u organizaciones estrella creadoras de una falsa pátina de prestigio a golpe de talonario.

8. El papel de las TIC (Tecnologías de la Información y Comunicación)

Rifkin insiste en la importancia de las TIC para un futuro descarbonizado. Estas se incluyen también como fundamentales dentro de las 36 soluciones propuestas por el *Exponential Climate Action Roadmap*¹⁹, según el cual pueden ayudar a reducir las emisiones de CO₂ en un 15% para 2030.

Pero la tecnología que nos hace más sostenibles genera también una buena parte de desechos que hay que gestionar, y por tanto una parte crucial de esa hoja de ruta ha de incluir un plan efectivo de cómo incorporar la economía circular a una tecnología más verde. El Banco Mundial apunta el camino para conseguir una sociedad de residuo cero que se sintetiza en el informe *What a Waste 2.0*²⁰.

9. Ecofeminismo

En el movimiento ¡CUT! el ecofeminismo ha de ser una de las bases fundacionales, al tratarse de una redefinición de la realidad²¹, como señala Alicia Puleo. La autora habla de la necesidad de entereza, ecojusticia, sororidad y critica el hedonismo *lowcost* que nos ha llevado al colapso ambiental y por tanto civilizatorio. Como bien señala, necesitamos un diálogo intercultural, pero no un multiculturalismo ciego. También apunta al Decrecimiento al hablar de los epicúreos —a quienes me gusta considerar una suerte de protodecrecentistas en algunos aspectos—, los cuales nos advertían que no se puede ser feliz si se confunden las necesidades verdaderas con los deseos. Según Manfred Max Neef las necesidades preexisten y son iguales para toda la humanidad. Lo que cambian son los medios que se utilizan para satisfacer esas necesidades.

10. Cultura tierna y subversiva

Puleo señala que la compasión ha sido menospreciada por su asociación con una actitud femenina y por no formar parte del modelo viril que se ofrece a los jóvenes preocupados por afirmar su masculinidad²².

Es hora de cortar de raíz determinados complejos como el derivado de que en entornos eruditos las palabras duras se subrayan, y las que tienen que ver con ternura y empatía han de decirse bajito y en la intimidad. Una cultura sostenible es aquella que recupera la ética del cuidado. Como señalaba Petra Kelly:

“Ser tierno y al mismo tiempo subversivo: eso es lo que significa para mí, a nivel político, ser «verde» y actuar como tal. Entiendo el concepto de ternura en sentido amplio. Este concepto, para mí también político, incluye una relación tierna con los animales y las plantas, con la naturaleza, con las ideas, (...). En un movimiento político ecológico se necesita inexcusablemente solidaridad, paciencia, cooperación, ternura y tolerancia, a fin de que coincidan los medios y los fines²³.”

11. El tiempo es otro

Bruno Latour nos contaba en *Face a Gaia*²⁴ que «Las cosas cambiaron tan rápido que resultó difícil acompañarlas». La velocidad y el tiempo están fuera de eje, y las instituciones culturales tienen que jugar con el tiempo tomando decisiones rápidas pero pensando a largo plazo. Lamentablemente vamos a la cola de una gran parte de las industrias, nos hemos limitado a parchear y poner en las webs eslóganes para mostrar nuestro compromiso con la sostenibilidad. Pero la transición lleva tiempo: una institución no se vuelve sostenible de la noche a la mañana y hay que facilitar una transición energética ordenada.

Existe una fuerte contradicción entre el cortoplacismo para las decisiones que necesitan un largo calado y el largo-placismo en la toma de aquellas decisiones y su implantación, cuyas tramitaciones y plazos superan con creces el tiempo del que disponemos. La burocracia también es insostenible. Establecer burocracias rápidas no parece tan descabellado en el país con más funcionarios de Europa. La burocracia y plazos de las administraciones públicas son insostenibles y repercute especialmente en los sectores más precarios.

12. Desaprender. Nos creímos nuestro propio mito

Desde los orígenes de la humanidad, fragmentamos el mundo en pequeñas partes para digerirlo mejor, y llevamos arrastrando una visión reducida fruto de esta fragmentación durante siglos. Como consecuencia, nos fuimos creyendo nuestro propio mito al tiempo que lo íbamos inventando. Si una mentira parece volverse verdad a fuerza de repetición, el efecto se multiplica cuando es a nosotros mismos a quienes nos lo repetimos. Eso es lo que ha sucedido con nuestro propio relato, el de un orden que no corresponde a una visión global, sino a una construcción eurocéntrica cargada de prejuicios.

No toca reconstruir, sino construir algo nuevo. Y los siglos pasan por desaprender aquel mito. Son muchos los discursos que están sobre la mesa hace años, en su ma-

yoría centrados en apuntar con el dedo. Ese era un relato otro. Desde ese nuevo espacio de multiplicidad de visiones, debemos navegar en un disenso —por regresar a Mouffee— donde el único objetivo consensuado sea la creación de una manera más respetuosa de actuar en el mundo, que es el único modo de mantenerlo vivo. De otro modo, aquellos oscuros molinos satánicos que señalaba William Blake habrán ganado la partida.

13. Descentralizar y glocalizar

Desde lo cultural también hay que descentralizar y apoyar a las periferias y a la reruralización. Descentralizar implica hacerlo también con los espacios productivos, los epicentros de creación de conocimiento y cualquier entorno de hegemonía cultural. El ámbito de la cultura fue de los primeros en constituirse como un sector global. Toca dar marcha atrás y preconizar el cambio de la globalización a la glocalización²⁵, con una importante participación pública y distribución horizontal: «El empoderamiento regional será el grito de guerra de la inminente era glocal»²⁶.

14. Ya no hay excusas. El mito de lo caro

La *International Renewable Energy Agency* (IRENA) calculó en 2018 que en todas las regiones del mundo, los costes medios de generar electricidad con fuentes de energía renovables y limpias —eólica, hidráulica, geotérmica, bioenergía de bajas emisiones, etc.— se sitúan en la actualidad aproximadamente a la par de los de los combustibles fósiles.

Implementar lo sostenible en cualquier institución a largo plazo abarata, soluciona problemas económicos, estructurales y sociales: exactamente las tres patas que las instituciones culturales deberían tener en el horizonte.

15. Altruismo cultural eficaz

Este epígrafe está inspirado en el libro de 2017 del profesor de bioética de Peter Singer *Vivir éticamente. Como el altruismo eficaz nos hace mejores personas*²⁷.

Como el propio concepto sugiere, la idea del altruismo efectivo se basa en que para construir un mundo mejor debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos, y esto conlleva dirigir una parte de los recursos que nos sobran a ello.

Por muy alejado de la realidad que parezca, el mundo está lleno de altruistas efectivos, y Singer pone como ejemplo el caso de un alumno suyo que toma la decisión de trabajar en Wall Street para que su elevado sueldo le permita donar la



mitad de su salario anual a ONGs efectivas²⁸ de distinto tipo, una cifra aproximadamente equivalente a salvar cien vidas de niños que anualmente mueren de malaria²⁹.

No puedo evitar discrepar de Singer en su consideración de la cultura y las artes como fuera de los objetivos de este tipo de altruismo, que sería un objetivo digno, según él en todo caso, en un mundo que haya vencido a la pobreza extrema. Dirigir la donación a una institución cultural que propugne valores de sostenibilidad con rigor y de manera efectiva puede ser un canal de impacto directo realmente potente pues, como señalaba Paulo Freyre, «la educación no cambia el mundo, pero sí cambia a las personas que van a cambiar el mundo».

Por otro lado, el mecenazgo y la adquisición de obras de arte puede ser también una manera directa de apoyar, una pata clave para contrarrestar la precariedad de artistas y otros agentes culturales.

Desde la cultura podemos situarnos en algún punto del espectro del altruismo efectivo.

Una vez más los principios decrecentistas juegan aquí un papel importante, pues el altruismo efectivo es inviable a no ser que se cuente con algunos de sus principios como base: reduciendo las necesidades el excedente puede ser donado a causas que ayuden a contribuir a la justicia global. Este punto entra en relación con el mencio-

nado Índice de Felicidad o Bienestar, pues no se trata de la donación como sacrificio, sino como un sentimiento de compromiso y justicia que te hace sentir mejor: «cuidar el mundo es cuidarte a ti».

16. Redistribución

La clara hegemonía de algunas instituciones y el reparto injusto de presupuestos y privilegios parece delatar la necesidad de marcos de cooperación donde las grandes instituciones y organizaciones establecen alianzas y cooperan con las más pequeñas, que corren mayor riesgo de desaparición.

La construcción de conciencia crítica solo se vuelve creíble y factible cuando todos esos discursos emancipatorios de lo colectivo van unidos a estrategias acordes. El alineamiento con organizaciones afines en tamaño y poder no es más que una tipología más de extensión de las políticas de endogamia supremacista cultural.

17. Las diez ces de la Transición Cultural

Ya he hablado en ocasiones de las ocho ces de las Instituciones culturales —en sustitución de las famosas erres—, y he añadido dos nuevas: compromiso, contar —en el sentido de medir—, comunicar, conservar, colaborar, coproducir, compartir, contagiar, coeducar y consolidar.

18. Evitar el postureo verde

Hay que evitar caer en el *greenwashing* o el postureo verde, una práctica que puede ser deliberada —a la que nos tienen acostumbradas muchas corporaciones— o no, muy propia de instituciones culturales que lanzan mensajes cruzados involuntariamente. Es importante predicar con el ejemplo: hablar de la importancia de dejar de lado los combustibles fósiles utilizando un cartel en policarbonato o cualquier derivado del petróleo resulta tan creíble como que un animalista se manifieste con un abrigo de pieles y, tanto en nuestro sector como en otros, las pequeñas decisiones no existen. Todas las decisiones que tomas desde que te levantas tienen un impacto. Somos interdependientes y ecodependientes, y esto no escapa al sector cultural.

19. Liderazgo sostenible e inteligencia emocional sostenible

La hoja de ruta ha de llevarse a cabo de manera profesional, con rigor y a ser posible con profesionales de cercanía, apostando por el liderazgo sostenible nacional y un fuerte programa de sostenibilidad transversal en todas las instituciones culturales que incluya lo que llamo «inteligencia emocional sostenible».

20. Medidas reales y rendición de cuentas

La hoja de ruta ha de ir acompañada de una acción gubernamental positiva, con informes de impacto, introduciendo límites y fijando techos de gasto, con incentivos sustanciosos y subvenciones en función de la rendición de cuentas. La sostenibilidad ya no puede ser opcional y debe incluir informes de previsión futuribles —escenarios probables y posibles—.

Manos a la obra

Las medidas extremas tomadas a raíz de la crisis por el COVID-19 nos han demostrado que es posible —y necesario— pasar a la acción en el sector cultural con el mismo nivel de rotundidad.

La crisis nos está obligando a aprender a gestionar la incertidumbre de otro modo y tenemos que canalizarla hacia el lado de lo positivo. El optimismo crítico es más necesario que nunca, en un momento en que presente y futuro conforman el mismo tiempo verbal.

Hemos perdido demasiado tiempo en debates sobre nomenclaturas y definiciones: es hora de pasar a la acción. Del mismo modo que desde el sector cultural somos parte de la crisis sistémica global, debemos ser parte de la solución

para construir una nueva economía postcarbono en un tiempo récord. El momento es ahora, el de llevar a cabo esa tarea imprescindible de *fontanería* cultural, aquella que ningún responsable cultural se atreve a hacer más que de manera epitelial.

Tenemos la posibilidad de cambiar los relatos y eso nos da una fuerza increíble. Y con ello tenemos la opción de que esa nueva narrativa sea real y signifique la antesala de una sociedad nueva, la del Bioceno, aquella que ha optado por situar a la vida en el centro.

Si como única norma posible solo queda la anormalidad misma³⁰, ese mundo anómalo que nos queda requiere de una gran conversión ética, y aquí la cultura ha de jugar un papel preponderante.

La cultura es un canal efectivo para ampliar la capacidad moral de la sociedad, y ampliar el radio de empatía más allá de nuestro entorno más cercano —recuerda: tus decisiones y tu impacto ecológico siempre revierten de un modo u otro en alguna región más vulnerable en el otro extremo del globo—, un hecho que tiene mucho que ver con aquel pedazo de pastel que cortamos para digerirlo mejor.

La cultura puede ayudar a generar masa crítica sostenible que ayude a despejar las dudas a los escépticos climáticos, a aquellos que aún no ven que nuestra salud y la del planeta es la misma o que la crisis ecológica no demuestra más que nuestro fracaso como humanidad.

No es posible estar hablando de instituciones culturales separando sus competencias ecosociales y es por ello que la cultura tiene que liderar uno de los capítulos de la hoja de ruta transformacional.

En el camino surgirán muchas dudas e interrogantes, muchos errores, todos ellos necesarios para llegar a una meta sostenible. Nos daremos cuenta de la importancia de saber retroceder. Serán indispensables altas dosis de determinación, capacidad de anticipación y lucidez. De responsabilidad individual y colectiva. Habrá que tomar decisiones difíciles, más que nunca, pero es el único modo de ser capaces de equilibrar por fin esta gigantesca balanza que es el mundo y desactivar un planeta de obsolescencia programada.

Notas

1. Danowski, D. y Viveiros De Castro, E. (2019): *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra, p.34.

2. Para un buen espectro sobre este movimiento recomiendo leer *Decrecimiento: Vocabulario para una nueva era*, Icaria Editorial 2015, Spain. La versión inglesa: D'alisa,

Demaria Y Kallis (2015) *Degrowth: A vocabulary for a New Era*, Londres, p.6.

3. Joan Martínez Alier es además una figura clave de la corriente denominada «Ecologismo de los pobres» junto con Ramachandra Guha.

4. Disponible en: https://ec.europa.eu/info/strategy/priorities-2019-2024/european-green-deal_en [Fecha de consulta 6/9/2020].

5. Chantal Mouffe se apropia de la temática del agón griego para repensar lo político como un espacio donde se deje de lado la ilusión de la posibilidad reconciliada, ante lo cual propone el modo del agonismo en que los conflictos adoptan una forma donde los oponentes se conciben como adversarios —no enemigos— entre los cuales existe un consenso conflictual, reflejando la pluralidad democrática. En Mouffe, C. (2014): *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

6. Rosi Braidotti nos recuerda que en términos spinoziano-deleuzianos, el concepto sostenible de resistencia está ligado a la constitución de futuros posibles, en la medida en que el futuro es un despliegue virtual de los elementos afirmativos del presente. En Braidotti, R. (2018): *Por una política afirmativa*. Barcelona: Gedisa.

7. Daly, H., Vettese T. et al. (2019): *Decrecimiento vs Green New Deal*. Madrid: Traficantes de sueños.

8. Pollin, R. (2018): *Por un nuevo New Deal verde*, *New Left Review* 112, pp. 7-30. Disponible en: <https://newleftreview.es/issues/112/articles/robert-pollin-decrecimiento-vs-nuevo-em-new-deal-em-verde.pdf>

9. Rifkin, J. (2019): *El Green New Deal Global*. Barcelona: Paidós.

10. Íbidem, p.20.

11. Íbidem, p.32.

12. Los activos obsoletos son aquellos que sufren una depreciación antes de que su ciclo de vida acabe su curso normal: «Dado que las energías solar y eólica ahora son más baratas que el carbón y están igualadas con el petróleo y el gas natural y dentro de unos años serán más económicas y tendrán un coste marginal de producción prácticamente cero, el compromiso financiero anticipado de desvincularse de los combustibles fósiles y reinvertir en renovables es una decisión empresarial inteligente». Íbidem, p. 70.

13. Los estados de depresión y ansiedad generados por el cambio climático ya son sugeridos por Eric Pooley en su libro *The Climate War: True Believers, PowerBrokers, and the Fight to Save the Earth*. Hyperion, 2010.

14. Puede consultarse en: <https://theshiftproject.org/en/home/>

15. Vettese, T. *Congelar el Támesis. Estrategia verde*. *The New Left Review*, p. 25. Disponible en: <https://www.newleftreview.es/issues/111/articles/troy-vettese-congelar-el-ta-mesis.pdf>

16. Sachs, J., Schmidt-Traub, G., Kroll, C., Lafortune, G. y Fuller, G. (2019): *Sustainable Development Report 2019*. New York: Bertelsmann Stiftung and Sustainable Development Solutions Network (SDSN), p. 3.

17. Daly, H., Vettese T. et al. (2019): *Decrecimiento vs Green New Deal*. Madrid: Traficantes de sueños, p. 35.

18. Puede consultarse en: <http://happyplanetindex.org/>

19. Puede consultarse en: <https://exponentialroadmap.org/>

20. Puede consultarse en: <https://www.worldbank.org/en/news/infographic/2018/09/20/what-a-waste-20-a-global-snapshot-of-solid-waste-management-to-2050>

21. Puleo, A. (2009): *Claves Ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Madrid: Plaza y Valdés, p. 13.

22. Íbidem p. 81.

23. Kelly, K. (1984): “Ternura en la política”, en *Pen-sar con el corazón*. Textos para una política sincera. Barcelona: Círculo de Lectores.

24. Danowski, D. y Viveiros De Castro, E. (2019): *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra, p.33.

25. Lucy Lippard nos recuerda que el paisaje local es un reflejo de una problemática global y que la suposición de una dicotomía entre lo local y lo global ignora el hecho de que lo global no es más que la suma de muchos «locales». Lippard, L. (2014): *Undermining A Wild Ride Through Land Use, Politics, and Art in the Changing West*. New York: The New Press, p.136.

26. Rifkin, J. (2019): *El Green New Deal Global*. Barcelona: Paidós, p. 50.

27. Singer, P. (2017): *Vivir éticamente. Como el altruismo eficaz nos hace mejores personas*, Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós Estado y Sociedad.

28. Para información sobre cómo iniciarte en este proceso recomiendo <https://www.givingwhatwecan.org/>

29. Seis millones de niños menores de cinco años mueren al año por causa del hambre. Disponible en: <http://www.fao.org/3/y7352s/y7352s03.htm>

30. Danowski, D. y Viveiros De Castro, E. (2019): *¿Hay mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines*. Buenos Aires: Caja Negra, p. 42.